

como se había hecho la paz. De aquí los obstáculos que se oponían al logro de todas las ventajas deseadas: los súbditos debían prodigar su sudor para mantener el ejército; al desorden de la hacienda fué preciso acudir con recursos provisionales, y en vez de pagar las antiguas deudas, hubo necesidad de contraer otras nuevas.

Esto ponía á los gobiernos á merced de los banqueros; favorecía las vicisitudes productivas del agiotaje; disminuía la independencia y la moralidad de los pueblos, y trastornaba las ideas del crédito, obligándolos á recibir por dinero un papel desacreditado, porque no había nación, excepto Inglaterra, que no estuviese en quiebra.

Napoleon había ayezado á los franceses á grandes dispendios, algunos de utilidad inmortal, otros de pura ostentación, y destinados oportunamente á alucinar al país. Atravesando los territorios, decretaba la ejecución de puentes, canales, arcos, columnas, palacios; y en 1813 mandó fabricar un monumento, que debía colocarse en el Cenís en honor de cuantos habían tomado parte en la batalla de Nurschen, cuyo presupuesto era de veinticinco millones de francos. Es cierto que la mayor parte de estas obras se quedaban en proyecto, pero los pueblos las recordaban; y los gobiernos se vieron precisados también en esto á imitar mas ó menos espontáneamente á Napoleon. Reinos enteros se encontraron gravados para adornar la capital del príncipe; por dorar los palacios que servían de habitación á las personas reales, se dejaron en mal estado los caminos y sin diques los ríos, y príncipes que en otro tiempo se contentaban con mansiones cómodas, sometieron á los pueblos á la plaga de una vanidad ruinosa.

La revolución había dado inmensa fuerza á los gobiernos, concentrando en sus manos las facultades que antes estaban repartidas entre multitud de corporaciones tutelares. Estos durante la guerra habían tomado una enérgica actitud de mando, y los pueblos se habían resignado á toda especie de vejaciones, como en tiempos escepcionales, en que el Estado lo es todo y el individuo nada. Pero pasada aquella época, los gobiernos encontraron fortalecidos todos los instrumentos propios de su poder, como policía, administración y fuerza bruta; en todas partes se exigían pasaportes; en todas partes estaba prohibido llevar armas; la vigilancia era en todas partes activa, y la obediencia no menos rigurosa que la impuesta por la disciplina militar: todo lo cual perjudicaba á aquella libertad personal de actos inocentes que antes de la revolución se gozaba sin apreciarla. La sociedad, pues, fué considerada como una fuerza gubernativa, en virtud de la cual se derivaban del poder central todos los poderes inferiores; se estinguió el espíritu de familia, de cuerpo, de ciudad, de patria y religion; en fin, se estinguió aquel espíritu públi-

co que es el alma de la sociedad, principio de su vida, de su fuerza y de sus progresos.

Este espíritu invasor de la administración en lo que es de exclusivo dominio de la vida civil y privada, exigía un número ilimitado de empleados, los cuales ejerciesen aquellos poderes que se dirigían á centralizarlo todo, y que en otro tiempo habían sido manejados gratuitamente por hidalgos distinguidos ó magnates, por las corporaciones, por los municipios ó por las órdenes religiosas, mientras que ahora estaban concentrados en manos del Estado. Habiendo adquirido, pues, mucha importancia esa clase parásita de empleados, que no trabaja sino en aplicar decretos y reglamentos, se entronizó el dominio de aquel materialismo que se llamó *burocracia*. Sus individuos, que aspiraban á vengarse por haber sido separados á consecuencia del cambio de gobierno ó á medrar, y que estaban acostumbrados á números, estados y reglamentos, ejecutados sin exámen ni contradicción, se figuraron que éstos eran suficientes para reformar el mundo, y que para dar una constitución á un país no era menester mas que escribirla.

En lo interior fermentaban manifiestas ó encubiertas venganzas y enemistades públicas y particulares; el que había padecido quería hacer padecer; el que había dominado no podía acostumbrarse á obedecer; los Estados débiles gemían al verse bajo el dominio de los fuertes; aquellos cuya nacionalidad había sido conculcada, se conmovían, y no dejaban tampoco de agitarse los que habían padecido y obrado en la época en que los monarcas habían prodigado largas promesas y los pueblos cumplido demasiado.

Napoleon, habiéndose dirigido hacia lo pasado en vez de encaminarse al porvenir, había dado ejemplos de todo menos de libertad, tanto que cuando se quiso habitar á aquel pueblo vivacísimo (1), á sujetarse al yugo, se redobló su fervor en el culto de la fuerza, á la cual deificaba con exequias, con estatuas, con historias y con himnos (2).

Pero Napoleon había sido enemigo de aquellos que ahora dominaban y que daban realce á su gloria, mostrando temerle y negándole la justicia que se le debía, mientras por otro lado la majestuosidad de la desventura cubría sus faltas y escitaba la compasión. El gobierno napoleónico, fruto de la revolución, tenía en sí excelentes cualidades, y muchas mas se le atribuían, como sucede siempre respecto á lo caído: las ambiciones frustradas, la vanidad no satisfecha, las ilusiones disipadas hacían recordar con dolor lo que

[1] Los franceses.

[2] Glais-Bizoin [26 de Mayo de 1840] decía en la cámara de los diputados que miraba las ideas bonapartistas como una de las plagas mas vivas de nuestro orden social, como lo que hay todavía de mas funesto para la emancipación de los pueblos, y como lo que hay hoy de mas contrario á la independencia del espíritu humano.

por ventura se habría detestado teniéndolo presente; los militares aborrecían aquel estado de paz, porque les estorbaba en sus ascensos y les privaba de la aureola de una gloria apetecida; los administradores, habituados á decretos despóticos que cortaban de golpe las dificultades, no se avenían bien con la lentitud que es necesaria cuando se desea que sea protegida, si no la justicia, á lo menos la legalidad.

Mientras éstos querían remolcar hácia atrás al siglo, otros lo empujaban al progreso. Durante la guerra se había usado con frecuencia de la prensa periódica. Esta en París ultrajaba á los monarcas antes de derribarlos por la fuerza; en Londres se mofaba de aquellos reyes á medias, vasallos del emperador, de aquella corte de soberanos advenedizos y de príncipes sin educación; por último, en Alemania atizaba el ardor nacional contra los extranjeros. Aguzados de este modo sus filos, no se embotaron con la paz; y así como los reyes conservaron los ejércitos, también los pueblos conservaron la imprenta y el libre exámen. Publicáronse, pues, libelos contra naciones enteras, ultrajando á los ingleses, á los franceses, á los alemanes, mientras que se hubiera debido compadecerlos, viéndolos obligados á obedecer á gobiernos que habían causado tantos estragos. Pero un extremo conduce á otro, por lo que algunos maldecían por vileza al caído, al paso que otros lo divinizaban. Parecía además que los dolores se aliviaban patentizándolos. En los países donde la prensa era libre se desahogaban todos en declamaciones; donde no lo era, el silencio forzado envenenaba las llagas, disponiendo los ánimos para el miserable duelo de la sedición; mientras que por otra parte los escritores tomaban la apariencia de liberales, indignándose y mostrándose opuestos á aquel freno que los escesos reclamaban como necesario (1).

(1) Antes de la revolución, la libertad de imprenta era completa, no solo en Inglaterra y en Holanda, sino también en Suecia, en Dinamarca, en Prusia y en los demas Estados protestantes de Alemania. En Suecia se restringió con el objeto de no irritar á Napoleon. En Brunswik algunos pidieron la censura para moderar lo que se dijese respecto de la revolución de Francia; pero el duque rechazó la petición, como contraria á los deseos de la opinion pública, y mientras él peleaba contra los franceses, en su país se defendía francamente la causa de éstos.

En vista de las reclamaciones que hacia la Prusia en 1846 para "dejar de ser el único pueblo de la Europa civilizada que no tenía derecho á expresar sus pensamientos sino con arreglo á la voluntad de su jefe," se publicó la siguiente carta de Federico II al director de policía de Berlín: "Señor: su majestad se ha servido mandarme que os haga saber que debe dejarse á los periodistas de esta ciudad libertad ilimitada para escribir todo lo que quieran acerca de lo que sucede aquí, sin necesidad de censura, porque como

Habíase difundido la instrucción en todas las clases, pero no se habían propagado los medios de utilizarla inmediatamente, como habrían deseado los que estaban poseídos de la manía creciente de goce materiales. En muchos el deseo era considerablemente mayor que las dificultades; en otros la presunción, hija de una escasa cultura, enardecía la esperanza y exacerbaba la envidia, por lo cual impacientes por restablecer el equilibrio entre las riquezas y el talento que no utilizaba su capacidad, que no admitía las luces que estaban dispuestas á comunicarle.

Hallándose tan estendida la clase que lee, escribe, discurre, desatina sobre los intereses generales y presume representar la vida nacional, no podían restringirse ya á un solo pueblo los movimientos, como en 1789, y desde el momento en que la civilización se hacia homogénea, difundíendose, cesaban de ser parciales los conflictos de ideas, de principios, de creencia. En semejante fermentación de toda Europa ¿quién no había sido llamado á pesar las razones entre el rey caído y el nuevo, entre los triunfadores que se llamaban héroes, y los vencidos que debían llamarse usurpadores? Los celosos amigos del derecho divino ¿no habían escitado á los pueblos á la rebelión, esto es, á abrogarse el derecho de fallar sobre la legalidad del soberano? Se dirigió, pues, la atención hácia la multitud de objetos antes no observados; las cosas se engrandecieron y se empujaron los hombres; la discusión de derecho sucedió á la de hecho; no solo se quiso saber qué leyes debían obedecerse, sino por qué se exigía obediencia á ellas; no solo se pretendía hallar justicia y dignidad y cuál era el objeto á que iban encaminadas, sino tenerlas afianzadas. Antiguamente los reyes, pretendiendo hacer por sí mismos la felicidad de aquellos á quienes llamaban sus hijos, daban la libertad, pero como concesion y usufructo, no como propiedad y derecho; y los pueblos bendecían á un buen príncipe como á una buena cosecha, si bien no estaban seguros de que durasen mucho estas ventajas. Pero una larga serie de astutas intrigas, de abusos de fuerza, de viles pretextos para actos de perfidia, habían subvertido las ideas morales é introducido la desconfianza.

Napoleon hacia reyes nuevos y deshacía tronos antiguos: esta magnífica ironía ¿no mostraba que las coronas eran juguete del capricho y de la fuerza, y no, como se decía, un don de Dios? ¿Qué principios en Europa

su majestad ha dicho, *esto le divierte*. Con tal, sin embargo, que lo hagan de manera, que los ministros extranjeros no puedan quejarse en caso de que hallaran en los periódicos algo que los desagrada. Las gacetas para ser interesantes necesitan no tener obstáculos. Esto se entiende principalmente respecto de los artículos sobre Berlín, y en cuanto á los que se refieren á las demas potencias, es preciso que salgan *cum grano salis*, pero con gran circunspección."

no se habían modificado? ¿No habían sido despojados los pequeños en beneficio de los grandes, no solo en medio de la violencia de la guerra, sino también en la calma de los tratados? Pereció, pues, la antigua fe en las dinastías. Aquellos mismos que habían vuelto á ocupar sus tronos, hicieron que redundasen en su favor los efectos de la revolución y de la conquista, y quisieron reinar como déspotas y por la gracia de Dios, aun cuando su dignidad no estaba ya consagrada por una coronación, la cual por ir siempre acompañada de un juramento, tenía algo de pacto. Cuando los reyes se hicieron revolucionarios, destruyendo los privilegios de que ningún pueblo carecía antes de la revolución, y aspirando al despotismo administrativo, los pueblos llegaron a formarse la opinión unánime de que la historia no era nada, y de que podían hacerse y deshacerse las constituciones, no solo á impulso del progreso natural de los tiempos y por los medios legales, sino también á voluntad. Los reyes se irritaban no encontrando ya aquellos súbditos obedientes del siglo XVIII, y éstos gritaban que se les había faltado á las promesas hechas durante la guerra. Pretendían obtener buenas instituciones, que anticipada é invariablemente arreglasen los derechos y la parte que á todos y á cada uno correspondiese en el Estado, y excluidos de la paz y de lo positivo, se lanzaban á lo imaginario.

Así, pues, gobernantes y gobernados caminaban por diversas sendas. Los pueblos sometidos al despotismo, ya se estremecían á impulsos del despecho, ya de la esperanza, y en las quejas de los pueblos libres hallaban espresadas las suyas propias; al paso que en los países constitucionales, creyéndose necesaria la oposición, porque ésta existía en Inglaterra, se hacía por sistema, con razón ó sin ella. Así se aumentaba el partido, si no numeroso á lo menos más activo, y con frecuencia más terrible de los apasionados por las innovaciones. Trastornaba todos los ánimos aquel torbellino de teorías, que sobreviene siempre que se pasa del despotismo á la libertad, y que no puede ser calmado sino por la experiencia y por desengaños.

Grandes pensadores bajaron á esta arena; pero se presentó también con ellos una turba de embadurnadores inespertos en los negocios, y ensorbecidos por haber hecho algún análisis, aunque impotentes para toda especie de síntesis, y que habían entendido á la letra aquella frase de Brougham: el arbitrio del mundo no es ya el cañón sino el maestro.

En suma, se podría tener por un mal este anhelo de libertad, que invadía todos los ánimos; pero no puede negarse que no es la virtud de un principio sino la fuerza de una necesidad; no un poder de ideas sino de hechos, el cual toma colores diversos en los distintos países. En Polonia y en Italia se aspira á la nacionalidad; en Alemania á la unidad vigorosa y robusta; en Francia á rea-

lizar la dignidad de la patria; en la Gran Bretaña á mejorar el sistema electoral; pero todos los pueblos en los mil matices de sus ideas se proponen la independencia del pensamiento y de la voluntad, como regla única y preponderante. Pero este espíritu de libertad cuando se apodera de los ánimos, conduce, más ó menos claramente, á la absoluta igualdad, y de aquí brota el dogma político de la soberanía del pueblo, simbolizado en el voto de la mitad más uno, que constituye en teoría la preponderancia del número, y en la práctica, la moralidad perpetua de formas y de instituciones. Perdida de esta manera la fe y la subordinación, colocados en su lugar la opinión y el individualismo, y dominando bajo la forma de libertad la fuerza material del mayor número y el influjo del intrigante y del violento, debía seguir la anarquía, la cual no puede ser reprimida sino por la fuerza.

La monarquía pura no era ya posible; pero sí lo era el absolutismo, la dictadura del sable hasta que el sable se rompa. A éste, pues, debían recurrir los unos para conservarse y los otros para innovar.

Las sociedades secretas, durante el imperio, habían reanimado el sentimiento nacional, fomentándolo contra la opresión extranjera, y conservado la memoria y el desec de aquella libertad que Napoleón sepultaba embalsamada de gloria. Restablecida la paz, si los príncipes no sofocaron de una vez las sociedades secretas, las escarmentaron, por lo que, cambiando aquellas no de dirección sino de objeto, se volvieron contra la nueva opresión, atrayendo y agrupando á los descontentos de diversos países.

Bajo el reinado de Murat, había nacido en las Calabrias la sociedad de los carbonarios, que se mostraban opuestos á la nueva invasión de las ideas y contrarios á la ocupación extranjera. Esta sociedad tenía gran parte de los ritos masónicos; pero mientras los masones se proponían vengar á Iram y se entretenían en fiestas, sumidos en un deísmo análogo á la filosofía del siglo pasado, los carbonarios, dominados por una fuerza melancólica, querían vengar la muerte de Cristo y restablecer su reino. La policía napolitana, no pudiendo contener su propagación, pensó en corromperlos, como había hecho con la masonería, introduciendo en sus filas espías, magistrados y hasta al mismo rey, que especialmente tomó parte en ella, después que había comenzado á pensar en la independencia italiana. El ejército de Murat, que estaba todo inscrito en las listas carbonarias, dejó en su última invasión muchas *ventas* en las legaciones, desde donde se extendieron á Lombardía, y principalmente á Bolonia, Alejandría y Milan. Algunos emigrados italianos introdujeron esta secta en Francia, donde continuaban los francmasones en gran número, divididos en lógiás del rito moderno, lógiás del rito antiguo ó escocés y lógiás del rito Misraim ó templarios, y que

cambiaron por la palabra *humanidad* la última de las tres palabras *libertad, igualdad, fraternidad*, con las cuales, durante la revolución, se ejecutaba el juego cotidiano del *triángulo de acero* [1]. En este tronco se insertó la carbonería, especialmente por obra de Armando Bazard (1791, 1832) que después fué uno de los primeros sansimonianos, por obra del florentino Bonarroti, antiguo apóstol de Babouf, y por obra de Flotard y Buchez.

Para decir algo acerca de su organización, manifestaremos que una *venta* particular no comprende más que veinte *buenos primos* en relaciones entre sí, pero completamente separados de otras *ventas*: los diputados de las *ventas* particulares forman una central, que por medio de un diputado se comunica con la *alta venta*, y ésta, por medio de un emisario, recibe la orden de la *venta* suprema y de una comisión ejecutiva. Esto favorece el secreto, la propagación y las reuniones, sin perjudicar la unidad.

Los individuos de la sociedad carbonaria nada escribían; se comunicaban de viva voz; se reconocían por medio de papeles recordados y de las palabras *esperanza y fe*: pronunciaban alternativamente las sílabas de la palabra *ca-ri-dad*, y al estrecharse la mano hacían con el pulgar la figura de la *E* y de la *N*. El perjuicio ó la revelación á los paganos del secreto de los signos, del reglamento, del objeto, eran castigados de muerte (2). Debían proporcionarse un fusil, una bayoneta y veinticinco cartuchos; pagaban á la caja común un franco mensual y cinco de entrada.

En Francia muchos de ellos abrazaron las carreras del profesorado, del comercio, de las armas (3), y pensaron también en unir

[1] Ahora todos los francmasones dependen en Francia del Grande Oriente, asamblea de diputados nombrados por lógiás particulares.

[2] Sus actos fueron revelados después de la revolución de 1830, especialmente en *Paris revolutionnaire* de Mr. TRELAT, 1834.

[3] Era uno de los juramentos más rigurosos para los carbonarios el defender á sus compañeros y vengarlos á toda costa de las ofensas, ultrajes é injurias que recibieran. En efecto, las *ventas* tomaban en sus sesiones cuenta sobre el particular, y cuando sucedía algún caso extraordinario, se reunían los jefes para adoptar las medidas oportunas. En prueba de ello, vamos á narrar un hecho que hizo gran ruido en Sicilia en el año de 1820. Casi toda la guarnición de la famosa ciudad de Siracusa se componía de fervorosos carbonarios, en cuya consecuencia el rey de Nápoles había ordenado espresamente á los pocos jefes de cuerpos con quienes podía contar, que vigilaran la conducta de sus soldados y que impidieran que los sentimientos liberales se propagasen más entre ellos. Un teniente llamado Falleggiani, hombre que con su indiscreto celo, esperaba poder fijar las miradas de la corte sobre su persona, no hacía más que catequizar á

todas sus escuelas á la politécnica de Paris, donde contaban con muchísimos adeptos, no menos que entre los escribientes de notarios y los abogados. Sin embargo, carecían de un principio uniforme y claro; y si convenían en la idea de destruir lo existente, no estaban muy de acuerdo en lo que debía reemplazarlo. Hallándose al principio esta sociedad, compuesta de radicales y republicanos, luego que se agregaron á ella ricos y empleados, cambiaron aquellos de naturaleza; y ahora unos volvían los ojos á Napoleón II, esperando que Austria les ayudaría á poner en el trono al hijo de una archiduquesa, aunque no fuese más que por alterar la paz de sus siempre temidos vecinos, y otros querían entronizar á Luis Felipe de Orleans, hombre nuevo, educado liberalmente, y que todo lo debería á la revolución.

Varios tumultos, y sobre todo, la insurrección de la Rochela, chispa apagada de un vasto incendio, llamaron sobre ellos la atención del gobierno. Las acusaciones que se les hicieron á la sazón, manifiestan claramente lo mucho que se habían propagado. Pero ni ellos tenían bastante confianza en el

sus soldados contra los principios de la carbonería, prorumpiendo en vituperios contra sus afiliados. Un día, mientras pasaba revista á un batallón dentro del cuartel, vió caer del chaco de un soldado un papel; entoncez se lanzó con furia á recogerle, y habiéndolo leído y encontrado que era un diploma carbonario, dió dos bofetones en público al que lo tenía, y no contentándose con esto, sacó de entre las filas al soldado, cargándole de denuestos y dándole puntapiés. Esto sucedió cerca de las once de la mañana. Llegada la noche de aquel mismo día, estando Falleggiani ya en su habitación, que tenía una ventana con vistas á la calle, oyó que le llamaban en alta voz, pero en tono amistoso; entoncez se asomó á ella, pero no tuvo ni siquiera el tiempo de hablar, porque dos balazos que le hirieron en la cara le dejaron muerto. Habiendo sido llevado el cadáver de Falleggiani á una iglesia contigua al cuartel, y depositado en la sacristía para enterrarse al día siguiente, cuando fueron á recogerle le encontraron sin cabeza, y después de un año sin que se hubiese podido nunca averiguar los autores del asesinato, se supo que en la *venta* carbonaria en que estaba afiliado el soldado, se había celebrado el día siguiente á la muerte de Falleggiani una gran comida para festejar un solemne término, que su cráneo se había colocado en el medio de la mesa con un ramillete de flores; y finalmente, acabada la comida se había llenado de vino, bebiendo en él todos los comensales, maldiciendo de su memoria. No necesitamos citar autoridades para confirmar la certeza de este suceso, porque hemos conocido á muchos individuos compañeros del soldado ofendido, los cuales estuvieron más de dos años en la cárcel, tan solo porque se sospechaba, aunque sin prueba de ninguna especie, que hubiesen tenido parte en aquel asesinato tan atroz.

(Nota del traductor.)

pueblo, ni éste lo favorecía, porque el pueblo, que es un todo, no puede pertenecer á un partido. Además, animado por su egoísmo, ama únicamente el bien que entiende, y no se aviene con fantásticas invenciones constitucionales, que establecen un dogma y no sacan las consecuencias sino á medias. Introdujéronse entre tanto disidencias en el seno de aquellos sectarios, ya porque no querían obedecer á los jefes, ya por sospechas acerca del uso que se hacía del dinero, ya por diferencias acerca de los medios que debían adoptarse para llegar al fin. Fraternizaban, sin embargo, con los iluminados de Alemania, con los francmasones de Suiza, con los carbonarios de Nápoles, del Piamonte, de Lombardía y de España, á los cuales se encomendó el encargo de hacer las primeras tentativas, que secundadas por los demás, debían abrir un abismo en que se hundieran los mal compaginados gobiernos.

La Francia les opuso unos decretos que limitaban la libertad de imprenta y "ponían la inteligencia humana bajo la jurisdicción de la policía." Los aliados, reunidos en Aquisgram, renovaron su alianza [1818] con pactos menos indeterminados siempre; empero, como fraternidad cristiana, dirigida á la conservación de lo existente, y estableciendo conferencias para arreglar los negocios del mundo. Estos monarcas decían:

"Tan sencillo, como santo y saludable, es el objeto de esta union, que no tiende á nuevas combinaciones políticas, ni á cambiar las relaciones establecidas por los tratados precedentes, sino que tranquila y constante quiere mantener la paz y las estipulaciones, que la fundaron y consolidaron. Los soberanos, al formar esta augusta union, han puesto por base de ella su invariable resolución de no separarse de los otros Estados, observando todas las reglas mas estrictas del derecho de gentes, las cuales, aplicadas á una situación permanente de paz, son las únicas que pueden, con eficacia, afianzar la independencia de cada gobierno y la estabilidad de la sociedad general.

"Fieles á estas máximas, los soberanos las mantendrán en las reuniones que celebren entre sí ó con los ministros respectivos, ya discutiendo juntos sus intereses propios, ya refiriéndose á cuestiones, acerca de las cuales hayan reclamado formalmente otros gobiernos su intervencion. El espíritu que dirigirá sus consejos y las comunicaciones diplomáticas, presidirá también á estas reuniones, encaminadas á conservar el reposo del mundo.

"Penetrados de tales sentimientos, los soberanos han completado la obra á que fueron llamados; no han cesado de trabajar para consolidarla y perfeccionarla; y formalmente reconocen que sus deberes para con Dios y con sus pueblos les obligan á presentarse ante el mundo, en cuanto sea posible, como modelos de justicia, de concordia, de

moderacion, reputándose por lo demás, dichosos con dirigir todos sus esfuerzos á proteger las artes de la paz, á aumentar la prosperidad interior de sus países y á restaurar en ellos los sentimientos de religion y de moral, demasiado debilitados por la miseria de los tiempos."

En aquel congreso el ruso Stourdza manifestó los peligros del espíritu liberal que retoñaba y de las sociedades secretas; de suerte que la juventud encontró su odio contra la Rusia, que apartaba á los príncipes de la idea de concesiones, cuando estaban dispuestos á dejarse llevar por ella. El cómico Kotzebue, que despues de haber fomentado el patriotismo, ponía en ridículo á los liberales en el *Diario de Manheim*, fué muerto por el estudiante Sand, [3 de Marzo de 1819], el cual, confesando su delito, subió con intrepidez al patíbulo. Sand fué celebrado como mártir por las sociedades secretas, y especialmente por el *Tugendbund* y por el *Burchenschaft*. Uno de los fundadores del *Tugendbund*, ó liga de la virtud, fué el célebre filósofo Tichte, cuya sociedad sirvió de mucho en la guerra de la independencia contra Napoleon. El *Burchenschaft* fué fundado por Enrique Gagern, que fué en 1848 presidente de la asamblea constituyente alemana, en donde se reunieron las diversas ligas de estudiantes para reclamar no ya la independencia, sino las libertades prometidas y no otorgadas. Los jóvenes individuos que pertenecían á la sociedad, iban vestidos á la antigua teutónica, con el cordón blanco y negro al cuello, y provistos siempre con un puñal, adornado con una calavera y una inscripción, *ultima ratio populo um*. Asustáronse los monarcas en vista de sus progresos, por lo cual Austria y Prusia, despues de haber conferenciado en Carlsbad, hicieron que los príncipes alemanes declarasen ser la dieta la única intérprete auténtica del artículo en que se prometían asambleas á cada Estado; que aquella podría reducir á la obediencia por medio de la fuerza al pueblo que se sublevase, que tendría facultades para desterrar á profesores y estudiantes; que cada gobierno germánico debería someter á la censura los libros que se publicasen en sus Estados, siendo responsable de la ejecucion de esta medida; y que una comision extraordinaria establecida en Maguncia, se encargaría de reprimir los manejos revolucionarios, revestida de facultades para prender y emplazar á los culpados.

Así, tanto en Francia como en Alemania, los trabajos secretos de las sociedades eran el pretexto para conculcar la libertad legal. También se echó mano de las represiones morales, y Austria no creyendo suficiente el grito de todos sus periódicos, indujo á Pio VII á condenar estas sociedades (*Ecclesiam á J. C.*), imputándoles á crimen el secreto, y el insinuar el indiferentismo, dejando á cada uno de sus individuos que se formase una religion á su manera, aunque aparentaban sin-

gular respeto y admirable preferencia á la católica y á la persona y doctrina de Jesucristo á quien llamaban "rector y gran maestro de la sociedad."

CONSTITUCION DE ESPAÑA. — INSURRECCION DE 1820.

La España, cuyas fronteras están bien marcadas en sus tres cuartas partes por el mar y por los Pirineos por la parte de Occidente, se confunde con Portugal, en el cual desembocan sus rios.

Forma esta Península una pirámide, que desde el mar se alza hácia el centro hasta la altura de seiscientos metros, repartidos en zonas, cada una de las cuales tiene naturaleza diferente. En la base el clima es cálido, la tierra de fecundidad inagotable, navegan los rios. Estos en la primera zona se hallan interrumpidos por grandes rocas, y las montañas presentan un laberinto de árboles y malezas muy oportuno para la defensa. Tales son los nevados montes de la Maledetta, de las Alpujarras y de la Sierra Nevada, todos gigantescos y de donde nacen otras cordilleras abiertas por gargantas famosas en la historia de la defensa del país. En el centro, llanuras desiertas y arenosas [páramos] de clima áspero, envían á las tierras bajas las aguas que corren ó espuman entre rocas ó atravesando fértiles llanuras (huertas).

La naturaleza de este suelo explica la historia del país. La raza céltica, viniendo del Occidente quitó á la primitiva ibérica los fértiles valles del Duero, del Tajo y del Guadiana, rechazando á los indígenas hácia el centro montuoso. Los fenicios, llegando del Mediodía, ocuparon la costa semejante á la africana; pero las irrupciones de los montañeses les obligaron á sostener una lucha continua, que se prolongó bajo el dominio de los cartagineses, de los griegos y de los romanos. Estos no se creyeron dueños de la Península sino despues de haber ocupado á Numancia, que les dió posesion de las fuentes de sus rios; sin embargo, eligieron por capital á Toledo, corte primero de los fenicios, y que despues lo fué de los visigodos. Los moros prefirieron á Córdoba, lo cual limitó su dominacion é hizo imposible la unidad. Los cristianos, emancipándose de su yugo, habian ocupado las cumbres inhabitables para los africanos; y dueños de los rios, pronto les quitaron á Toledo y poco á poco el resto de España. Por ocupar el centro, se edificó Madrid en un elevado desierto; pero siempre se opusieron á la unidad, por un lado la fuerza de las ciudades litorales, y por otro la separacion del territorio donde desembocan los rios en Portugal.

No falta en este país ni uno solo de los bienes y frutos naturales. En la primera zona de las montañas se cultivan el arroz, el maíz y el olivo, y en las costas las viñas y el grano. En Andalucía se produce la palma,

el cacto y banano; el algodón en Granada y en Valencia; inmensas plantaciones de nopales en Málaga, Cádiz y Murcia, han hecho indígena la cochinilla; la caña de azúcar enriquece á Granada, Valencia y Málaga, y en todas partes prosperan la viña, el laurel, el naranjo y el granado. Además de los caballos andaluces y los otros del Guadalquivir, posee este país hasta ocho millones de merinos estables, y cinco millones errantes, los cuales dejan en Octubre las llanuras de Castilla para invernar en Estremadura y Andalucía, caminando en rebaños de mil y mil docientas cabezas con derecho de pastar por donde pasan, por lo cual no pueden cerrarse los campos. En Mayo vuelven para el esquila. Las minas no piden mas que brazos que las trabajen, y las de carbon de piedra y hierro abundan en Galicia, en Asturias y en Vizcaya.

Este hermoso país se formó en una lucha de setecientos años contra los moros, y durante este largo intervalo adquirió el profundo sentimiento de la religion y de su propia dignidad. Pero apenas se encontró unido bajo un solo cetro, se extinguieron las dinastías indígenas, y cayó en poder de la casa de Austria, la cual le quitó los antiguos privilegios que tenían las corporaciones, de suerte que no quedó ninguna institucion intermedia entre el monarca y el pueblo. Sin embargo, la memoria de las antiguas constituciones quedó muy arreglada en el corazon de los pueblos, y por lo tanto éstos, en vez de aborrecer lo pasado, deseaban su restablecimiento. La nobleza española no era feudal: sin embargo, el rey tenía que respetarla, pues que se había elevado juntamente con los Estados; poseía inmensas riquezas, y se apoyaba en 13 órdenes militares fuertes, así por su opulencia como por los privilegios de que disfrutaban. La guerra contra los moros había habituado á los españoles mas bien á usar de la fuerza de sus brazos en sus contiendas con los infieles que á utilizar en cuestiones teológicas. De esto y de sus instituciones primitivas provenian los rasgos principales de su carácter, que era un conjunto de intereses y de costumbres opuestas, en que se unían el vigoroso sentimiento del derecho con la absoluta resignacion á los privilegios establecidos por la ley; los hábitos de una igualdad algo republicana y de la fiera independencia de montañeses, mezclada con un culto entusiasta á la monarquía y una sumision oriental al rey, identificada con la nacion. Cuando en otros puntos el hombre no obtenía consideracion ninguna sino en cuanto era noble, en España el haber contribuido cada uno con su brazo á rescatar la patria, inspiraba un elevado sentimiento de dignidad, y profesaban además los españoles una devota veneracion á sentimientos mas verdaderos, como los de familia, de patria, de arreglada vida campestre, que armonizaban con la aficion á las aventuras, á las correrías, á las armas, y con el desprecio